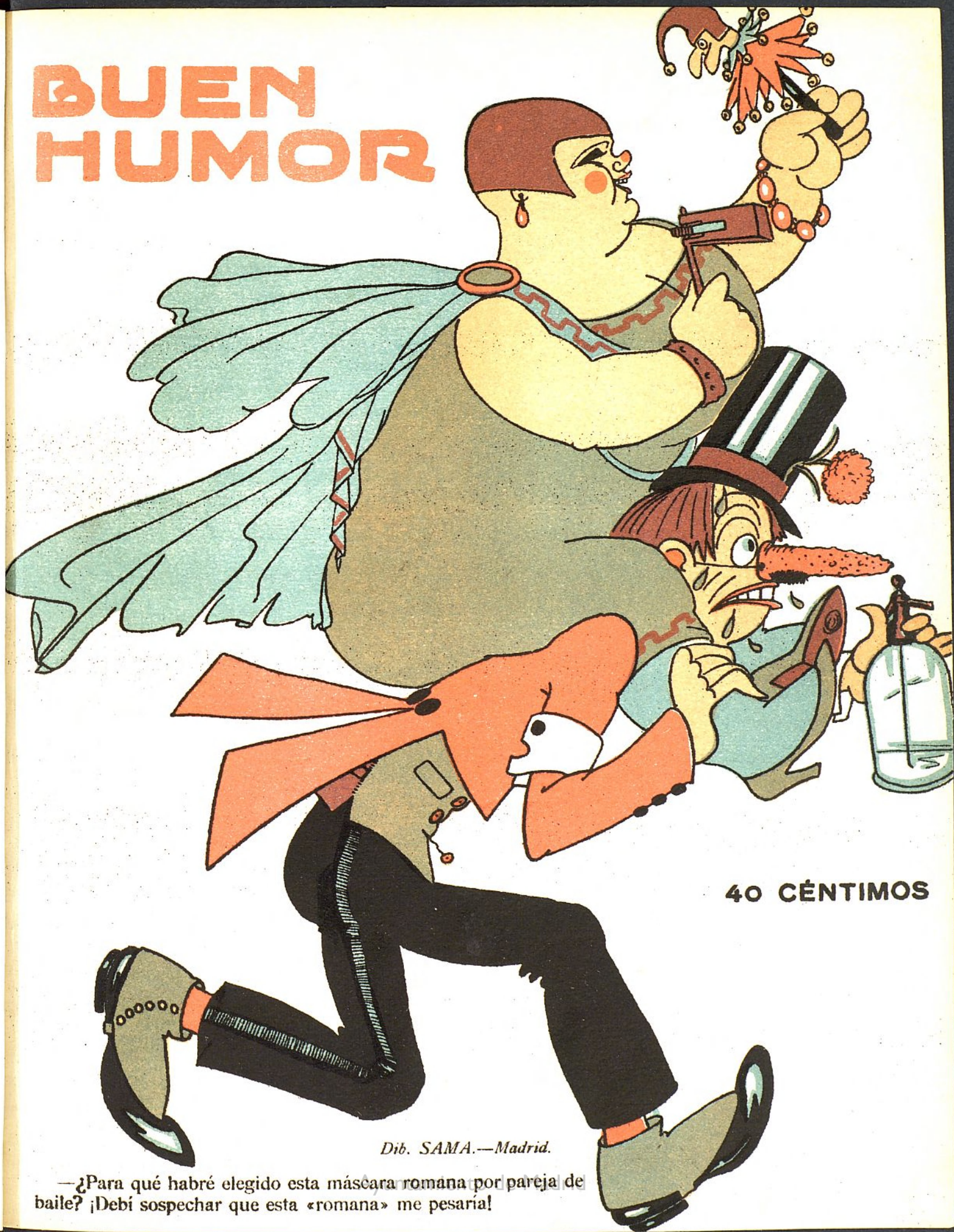


# BUEN HUMOR



40 CÉNTIMOS

Dib. SAMA.—Madrid.

—¿Para qué habré elegido esta máscara romana por pareja de baile? ¡Debí sospechar que esta «romana» me pesaría!



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

#### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

# LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

## BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,  
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M





# SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

1.—Un animal feo.

1000 1000

2.—Despedida.

A PAN, PREPOSICION

3.—Político.

Mineral 50 Mediodía Celoso

4.—Prenda.

UN  
SOLUCIÓN

5.—Para pasar el rato.

¡SILENCIO!  
T T I  
1000 50 1000  
Poniente Mediodía

6.—De toros.

N A  
Z O

7.—Zarzuela antigua.

CHIQUILLA  
P



Boca sana :- Dientes blancos.  
Aliento perfumado.  
CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a  
toda solución que se nos  
remita con destino a nues-  
tro CONCURSO DE PA-  
SATIEMPOS del mes de  
febrero.





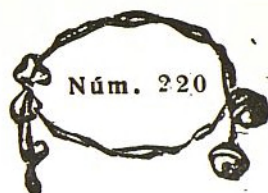
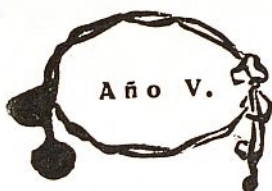
Los entusiastas  
partidarios de los depor-  
tes son también conven-  
cidos partidarios del  
**A G U A D E**  
**COLONIA AÑEJA**

Conocen la deliciosa sensa-  
ción de bienestar y frescura  
que proporcionan, después  
de las violencias del ejercicio  
físico, unas buenas fricciones  
con esta exquisita Agua de  
Colonia, compuesta de alco-  
hol neutro de 90° y esencias  
concentradas de flores y fru-  
tas. Es un eficaz estimulan-  
te de la energía física. Toni-  
fica los nervios y da a los  
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50  
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID





## PEQUEÑAS EUTRAPELIAS

# SOBRE... VINO UNA PENDENCIA



A Sociedad Española de Higiene está discutiendo si el vino es o no es bebida higiénica y agente terapéutico. Los doctores, como en *El rey que rabió*, no se ponen de acuerdo. Cuando se agote el tema y la consulta es posible que también resulte lo mismo que en el caso de la zarzuela de Ramos Carrión, Vital Aza, que era médico, y Chapí.

Que el vino es cosa buena...  
o no—lo—es.

Entre tanto, vamos a brindarle, pero en seco, a dicha Sociedad, un pequeño racimo de cosas *alusivas al acto*. Véase la clase.

Todo fiel cristiano está muy obligado a levantar el codo. Cristo lo dijo a los apóstoles ofreciéndoles la copa: bebed, esta es mi sangre.

¿Qué es la verdad?—preguntaba Pilatos.

Con la misma cantilena ha salido ahora el señor Pirandello.

Bien se ve que estos dos señores deben de ser abstemios.

Porque ya se sabe hasta en Belchite que la verdad está en el vino.

*In vino veritas.*

Entre los proverbios de Salomón se perdió uno que ha recogido la sabiduría popular.

Es aquel que dice:  
*Con pan y vino se anda el camino.*

\*\*\*

Anacreonte, que murió a los ochenta y cinco años a consecuencia de haberse atragantado una uva seca, fué el autor de un epigrama que el célebre poeta jónico dedicó a Baco, y que nuestros concurdaneos llevan por lema:

*Bueno es el vino,  
cuando el vino es bueno;*

*pero si el agua  
es fresca y clara,  
mejor es el vino que el agua.*

Esto, en griego, es más bello; pero en castellano, no está más claro.

\*\*\*

El famoso bebedor sevillano D. Isidoro Rivero prefería el vino blanco.

—El otro vino—decía—lo bebe uzité negro y lo excreta uzité incoloro.

Y la *fisne* se quea en el cuerpo, camará.

\*\*\*

El experimento de la longevidad.

Ciertos turistas le preguntaron al centenario que se exhibió en un pueblo a qué atribuía el haber llegado a los cien años tan admirablemente conservado.

—Debe de consistir—respondió el hombre—en que no bebí nunca.

Y luego se averiguó que en el pueblo de al lado tenía un hermano mucho más viejo que estaba siempre borracho perdido.

\*\*\*

Tropecé ayer en el colmado con el doctor La Parra.

Mi ilustre amigo me dijo que, científicamente, no creía en el vino.

Mientras me explicaba su teoría, nos tomamos una botella.

\*\*\*

Epitafio histórico de un higienólatra:

*Aquí yace un buen señor,  
en este ataúd de palo;  
no murió por estar malo,  
sino por estar mejor.*

José DE LASERNA



Dib. SILBNO.—Madrid.



# LA COQUETERÍA DE LOS VIEJOS

No hay como pasar de los sesenta años para alardear de buena memoria: he aquí la primera coquetería de los viejos. Todo viejo que se estime en algo ha de tener una memoria privilegiada que le permita recordar con pelos y señales cuantos hechos de alguna importancia ocurrieron en su juventud y que él, necesariamente, hubo de presenciar, cosa también imprescindible en todo viejo que se estime en algo y que sustituye la segunda de sus coqueterías.

Todos los madrileños de más de sesenta años que yo conozco eran estudiantes la noche de San Daniel y todos se libraron de los sablazos de la guardia civil metiéndose en el portal del Ateneo. Todos, también, estuvieron hablando con Prim en el Salón de Conferencias, momentos antes del atentado de la calle del Turco, atentado que, por otra parte, todos conocían y del que ninguno tuvo la bondad de prevenir al ilustre general. Todos así

mismo, encontrábanse en los pasillos del Congreso cuando entró Pavía y disolvió las Cortes a estacazo limpio. Y todos, en fin, —y he aquí su tercera y última coquetería— eran amigos íntimos de Castelar, de Martos y de Sagasta y todos tuteaban a Gayerre, a Ducazcal y a Lagartijo.

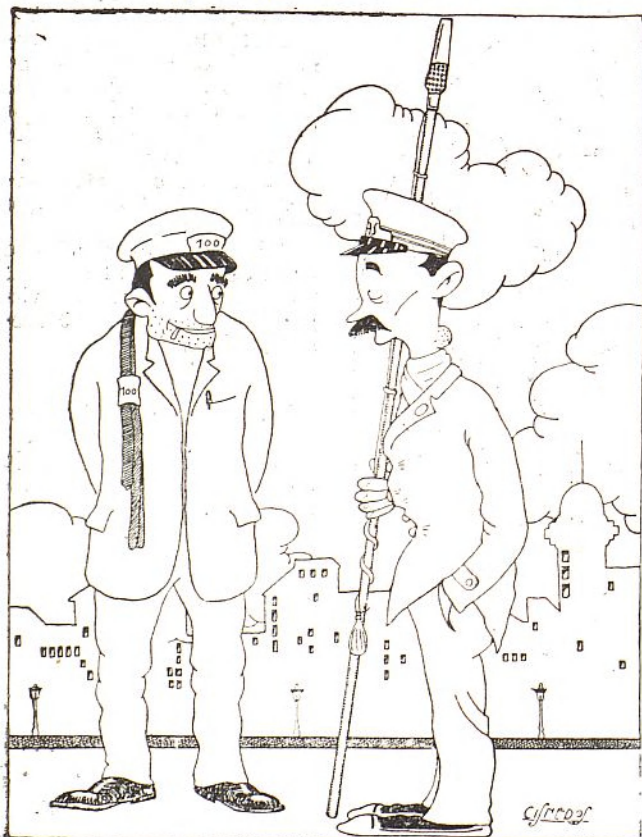
De sobra sabemos que ninguno de estos señores ha de tomarse la molestia de venir desde el otro mundo a desmentir a los buenos viejos, que se aprovechan de esta impunidad para dar gusto a la lengua y a la fantasía, alterando, a veces, los sucesos y contradiciendo, en ocasiones a la Historia. ¡Bah! En resumidas cuentas, ¿qué más dá que Amadeo entrase en Madrid con nieve o entrase con sol, si al fin y al cabo tuvo que marcharse? ¿Y qué importa que fuese Castelar o que fuese el moro Muza quien salvó a Echegaray de las iras demagógicas por la trasera del casino, si el caso es que el gran dramaturgo se salvó?

No ignoran, seguramente, los viejos que los que, por fortuna, no lo somos aún, sabemos poner en cuarentena la mayor parte de sus noticias, pero la sonrisa con que disfrazamos benévola nuestra incredulidad les compensa, les satisface y les halaga. Tampoco ignoran que sus inofensivas mentirillas tienen generalmente un público numeroso de curiosos y de inexpertos y no es raro que se aproveche de ello para publicar sus «memorias» en los periódicos o reunirlos en libros que si no son muy celebrados son muy bien vendidos. y váyase lo uno por lo otro.

Las coqueterías de los viejos, como las de las mujeres, son siempre disculpables. ¿A qué mujer se le puede negar el derecho de parecer elegante o de mostrarse guapa? ¿Y a qué viejo se le puede censurar el capricho de remozar su senilidad con los recuerdos de la juventud? Las inocentes coqueterías de los viejos son los perfumes, las joyas, los cintajos y perifollos con que tratan no de disimular los años actuales, sino de evocar artificialmente los pasados, para obtener así una sonrisa con aplauso o una frase de admiración. Sería una crueldad llamar embustero a un viejo, como lo sería llamar fea a una mujer. Viejos y mujeres merecen toda clase de respeto.

¡Quién sabe si cuando nosotros pasemos de los sesenta años, escribiremos un libro de nuestras memorias, en el que nos declararemos testigos presenciales de la «semana trágica», del asesinato de Dato y de la toma de Alhucemas y en el que aseguraremos tranquilamente que hemos sido amigos íntimos de Maura y de Primo de Rivera y hemos tomado copas en casa del Majó de las Cubas con Pirandello, con Belmonte y con Fleta!... Sabremos entonces que todos los que nos oigan o lean pondrán en tela de juicio nuestras afirmaciones, pero cualquier sonrisa benevolente tendrá para nosotros el valor inapreciable de una victoria que hasta entonces no habíamos conseguido obtener.

MARCIANO ZURITA.



Dib.  
CISNEROS  
Madrid.

—¿Qué tal en tu nuevo empleo?  
—¡Phs!, regular tal cual; lo que me molesta es este grano que me ha salido en el cogote.  
—Te está bien empleado, por me ferte a farolero.



# UN CARNAVAL EN PRESIDIO

Durante aquellos carnavales hizo mucho frío y, como soy propenso a los catarros, decidí no salir de la celda del presidio de Tolón, en donde estaba recluso hacía diez y seis años. Esta conducta fué seguida también por mis demás compañeros de hospedaje.

El sábado anterior al domingo de carnaval, el jefe del presidio nos llamó al patio, dirigiéndonos la palabra en los siguientes términos:

—Hijos míos: aplaudo la resolución que habéis tomado de no asistir a los carnavales. Precisamente hoy hace años, en un carnaval tan frío como este, dos reclusos, desoyendo mis advertencias, se empeñaron en irse al entierro de la sardina, disfrazados de pescador de ballenas uno y de obispo protestante el otro. Pues bien; uno cogió un reuma y el otro una bronquitis crónica. A los carnavales siguientes —tal era su estado de debilidad— hubo que llevarlos en carroza. Como veréis este caso confirma mis palabras. Lo confirma el pescador y lo confirma el obispo. Hacéis muy bien, por otra parte, no asistiendo tampoco a los bailes de máscaras. Va muy mala gente.

Hizo una pausa para inspirarse y prosiguió en seguida:

—He pensado que celebremos los carnavales aquí dentro. ¿Por qué no disfrazarnos todos y organizar mañana, en el patio, un gran baile de máscaras?... Se darán premios a los mejores disfraces. El guardarropa está a vuestra disposición y podéis divertirnos con la mayor confianza. Esta es vuestra casa y me tenéis a vuestras ordenes. He dicho.

Una ovación monstruosa coronó las últimas palabras del director. Le cogimos en hombros y de este modo le paseamos por las múltiples galerías del establecimiento. Después nos retiramos a nuestras celdas para ir preparando los disfraces.

Al día siguiente la animación era indescriptible. Cuando bajé al patio, disfrazado de buzo, luciendo una magnífica escafandra con cuello de piel, la fiesta ya estaba en su apogeo. Los presos de la tercera galería, formando una comparsa y provistos de ralladores de pan, almireces y tapaderas, obsequiaban con un concierto de música clásica. Interpretaban en aquel momento el «Miserere» de Eslava. Una emoción mística nos embargaba a todos, mientras varios reclusos, subidos en una carroza que quería representar la batalla del Marne vista de perfil, nos arrojaban serpentinillas, caramelos y bollos suizos.

Minutos antes de comenzar el baile nos repartieron unas copas de licores. El director del establecimiento subióse, para brindar, sobre los hombros

de un compañero que iba disfrazado de general de brigada en traje de paisano, y, desde allí, con gran emoción alzó su copa.

—Amigos, compañeros, hermanos... ¡No os olvidéis nunca de este día, y de que *haber* se escribe con *hache* y con *be* grande, de burro!...

No pudo terminar el brindis; un ordenanza, disfrazado de peón caminero, entró precipitadamente.

—El Inspector general de Prisiones.

Acaba de llegar... Viene en visita de Inspección —dijo angustiadísimo.

El director se desmayó y fué preciso, para volverle en sí, sonar junto a su oído un par de duros. Inmediatamente se dirigió a recibirle, volviendo al poco rato acompañado de él. Era hombre de aspecto severo, y que nos puso de vuelta y media. En su indignación llegó a llamarnos *granujas*. Daba puñetazos sobre las mesas y sobre la cabeza del director. Este, abra



Dib. BILBAO.—Madrid.

—No me conoce usted, señorito... No me conoce...

—No, mujer, no; pero como te vuelvas a disfrazar con mi traje te puedes despedir de la cocina.



zado a sus rodillas, lloraba silencioso.

—Nada, nada. No tengo más remedio que dar cuenta al Ministro. Será usted sometido a expediente y castigado con pérdida del sueldo y sin poste durante un mes. En cuanto a los reclusos, no saldrán el domingo próximo, y, por ahora, todos de rodillas durante cincuenta minutos. ¡Castigados! ¡Ya les enseñaré yo a guardar el respeto que esta casa merece!

Soprecogidos de espanto caímos ap

rodillas implorando clemencia. Llorábamos desconsoladamente. El director del presidio, tumbado en el suelo todo lo largo que era, gemía a los pies del Inspector, besándole las botas.

Transcurridos los cincuenta minutos, nos pusimos de pie y arreciamos en nuestras súplicas.

Entonces el Inspector general de Prisiones, en medio del silencio más grande, se arrancó la peluca, las barbas y el bigote. ¡Era Nicéforo Torre-

mocha, el famoso salteador de caminos que ocupaba una celda vecina a la mía!

Estalló una ovación clamorosa al comprender el truco. El director, loco de contento, le dió dos besos en la coronilla.

Y fué así, como Nicéforo Torremocha obtuvo, por unanimidad, el primer premio de máscaras a pie, consistente en un objeto de arte.

MANUEL LÁZARO

## HABLA UN DISFRAZ

Cuando entré en la casa alquiladora de trajes de máscara, una vieja dormitaba tras un mostrador sucio y desvencijado.

—Señora —dije—. Con su permiso voy a interrogar a cualquier disfraz de estos.

Me refería a los que, en semicírculo, sobre los maniqués, servían de exposición. Eran cuatro: un bebé, un pierrot, un clown y un capuchón.

—¡Está loco o borracho! —of murmurar a la vieja.

No la hice caso. Saqué papel y stilográfica, y me senté frente a las ajadas y descoloridas percalinas.

—Habla, bebé. Naciste...

—El año 1911. Tengo, pues, quince carnavales.

—Sí, señor. Ya he corrido mucho. Mi mamá fué modista y me abandonó en esta tienda un lunes de Carnaval. Al día siguiente me llevaron a la Castellana.

—¿Te divertiste?

—Pasé mucho calor y me arrugaron bastante. Fuí con un ama de cría. Me vió en el escaparate —¡estaba yo entonces tan nuevo!...—, le gusté y se disfrazó conmigo.

—Era natural que a un ama de cría le gustase un bebé...

—No me ha hecho usted gracia.

—Lo siento. Dime. ¿Cuándo fuiste por primera vez al baile?

—El domingo de Piñata de ese mismo año. Por cierto, que pasé un mal rato.

—¿Por qué? Cuenta...

—Verá usted. Estaba yo aquella noche sobre ese maniquí que ahora ocupa el compañero pierrot, y ya empezaba a dormirme, cuando entró un señor correctamente vestido, pulcramente rasurado y con el pelo blanco.

—¡Buena memoria tienes!

—Sí, señor. Ya verá usted por qué. Me descolgó del maniquí, pagó y salimos a la calle. Un coche nos esperaba. «Bien —pensé—. Voy a ver un baile. Con este señor, seguramente, lo he de pasar divertido.» Al principio no me equivoqué. El tal vejete era un sinvergüenza y un borrachín. Llegamos al baile: subimos a un palco, y allí, en compañía de varios amigos y amigas comenzamos a beber y a jueguearnos.

«Esto acaba mal —me dije—. Y, en efecto. A las cuatro de la madrugada llegó lo que me temía. El anciano comenzó a desnudarse. Primero me tiró a mí a la sala, después se quitó la americana, luego el chaleco, y, por último, el pantalón, e hizo lo mismo que conmigo. Intervinieron los acomodadores menudearon los golpes, llegaron los guardias, le vistieron y acabamos todos en la Comisaría.

—¡Bah! Eso no tiene nada de particular.

—Para usted, no; pero para mí, sí, señor. Porque un guardia que resultó con el casco abollado, la emprendió a golpes con él y, por tanto, conmigo y me dejó tan dolorido que no me pude mover en varias semanas. Desde entonces, siento temor cuando me alquilan para ir al baile.

—Pero siempre no lo pasaréis mal. Tendréis alguna compensación...

—Claro está. Cuando nos llevan por la tarde, Entonces bailamos y hasta nos ceñimos a alguna jamona. Pero, por las noches, usted no sabe las cosas que vemos y oímos...

—¡Cáspita!

—Peores aún.

—Para terminar. ¿Recuerdas alguna aventura extraordinaria?

—Ninguna. Todas son demasiado vulgares.

—¿Es posible?

—Puede usted creerme. Casi siempre acabamos tirados de cualquier manera y manchados de vino.

—Me he engañado. Creí que representarais en la alianza Terpsicore-Moma un papel más importante.

—¿Sí? Pues ya vé usted los «papelitos» que hacemos...

.....

Confieso sinceramente que, anoche, cuando hice la interviú que acaban ustedes de leer, estaba borracho. La vieja tenía razón. Caiga, pues, toda la responsabilidad sobre don Agustín Blázquez.

PABLO TORREMOCHA.



Dib. CAMACHO. —Valladolid

—¡Vaya bromita pesada! ¡Hoy, que dejo en casa el paraguas, se pone a llover!



Un inglés, más flamenco que un 8, que conocía Granada.

Mi hermana Rosario, que es igual a mí y que pasa por inglesa, iría de gitana para bailar *cañí*.

Y yo, que iba de español, para tocar la guitarra, bailar la jota y hacer improvisaciones; iba dispuesto a todo.

Dejé a la compañía que fantaseara en la indumentaria a su gusto. El noruego se me presentó con un pañuelo a la cabeza, zarcillos, un bigote rubio postizo y faja rosa con caídas a un lado. El mejicano, con pañuelo también, un chaleco del revés y patillas y faja; y el inglés, de smoking sin cuello y un pañuelo de colores a la gar-

ganta y faja de seda que asomaba flecos por un lado. Mi hermana, de gitana, que estaba propiamente de las Peñuelas; y yo llevaba la siguiente indumentaria: un sombrero paleta que me había comprado en Avila; un chaleco de lanilla roja que usaba mi mujer para debajo de los abrigos, le hice poner botones dorados; faja negra, unas alforjas también de Avila y una guitarra con una cuerda como la que llevan los ciegos.

Tuvimos un previo ensayo y yo les enseñé a tocar a los tocadores el pasodoble ese de «Yo soy el mejor torero que tiene la Andalucía...» y el tango del *Espartero*. Con estos elementos y

el whisky que suministraba la señora de la casa, el éxito del *cuadro flamenco* fué extraordinario, ¡tanto que hizo llamar a un fotógrafo con magnesio y todo para retratarnos! Estaba el fotógrafo debajo de la tela negra componiendo el grupo y yo me coloqué entonces; vi la mano del fotógrafo que salía indicando algo, y en vista de que no le comprendían, sacó la cabeza de debajo del trapo y se vino a mí: Hágame usted el favor, me dijo, de retirarse, quiero hacer el grupo sólo de los españoles...

SANCHÁ

## EL HUESPED DESCONOCIDO

Dofia Simona tenía siete huéspedes: el comandante, el cómico, el escultor, el caricaturista, el estudiante, el viajante de comercio y el policía.

Y un gato que tenía las paredes llenas de taconazos—las botas que le tiraban—y una palmera de rincón, sobre un mueble de rinconera, baratísimo, que tenía por patas cuatro floretes de madera, por como se rendían simétricamente con el peso.

La palmera, aún artificial, secaba sus puntas. Eso era el colmo de la miseria. Y tenía sus manos abiertas y flacas y huesudas, y sus codos rotos.

Una vez, Jacobo el estudiante volvía de madrugada. Traía la boca escurrida hacia los lados como baba, el gabán sobre un hombro, el cuerpo—todo—hiposo, los botones del chaleco mal casados, la mirada turbia y el sombrero en la coronilla... ¡Borrachón!

Anduvo a lo largo del pasillo rebotando de pared a pared con el itinerario de un cordón de bota y, ¡paf!, se cargó la palmera.

Todos oyeron el estruendo, pero sólo la patrona y el gato se incorporaron; y sólo la patrona conservó el desvelo hasta el amanecer.

Cuando llevaban la palmera en el cajón de la basura, el cómico dijo: «Llevaba la mano fuera; por eso la conocí».

Con lo cual la pena se hizo ironía.

\*\*\*

El escultor ofreció un Homero de yeso que hizo en su clase académica, y le venía muy bien al mueble. Las patas volvieron a quedar en tensión, como para siempre.

Y al día siguiente, el cómico dijo en la mesa: «¡Qué susto me dió el busto

ese anoche! Como queda a la altura de una cabeza de hombre...»

«Igual me pasó a mí, cuando vine a las dos. Esta noche no salgo, ¡cá!»

«Y yo volveré cuando haya amanecido...»

Esto sugirió la idea de darle a alguien la broma. Y mejor que nadie, a Jacobito el estudiante: una broma inspirada en el susto del cómico. ¡Eso! ¡eso!

Todos se aunaron para hacer un muñeco con el Homero del rincón: el cómico, que dominaba los coloretos y los gestos; el comandante, que conocía los gestos de la guerra; el escultor, que conocía los secretos de la forma; el caricaturista, que sabía mucho de estilizar fisonomías; el viajante, que tenía interés en acreditar unos puñales, y el de la secreta, que conocía las características del criminal.

¡Pobre Jacobo! ¡Todos aunaron sus especialidades para embromarle!

Pusieron unos pantalones delante del mueble y unas botas que salían de las bocas de los pantalones y una chaqueta con guantes sujetos con alfileres.

—Ponle un gesto cruel—gritaba uno. Y otro le puso a Homero enseñando los dientes.

—¡Más cruel!—. Y le pusieron ojos bizcos.

—¡Más cruel todavía!—. Y otro le juntó las cejas. Y otro se las engordó. Y otro le puso un mechón de matón sobre la frente. Y le mellaron la dentadura. Y le pusieron chato. Y otro le desabrochó el cuello de la camisa. Y los pies en actitud de avanzar. Y vello en el pecho.

Y el viajante—que había hecho fallas en Valencia—le colgó una mano del techo, en actitud de apuñalar, y le colocó en ella su mejor puñalito.

Y como le elogiaron la moña, terminó de pintar el muñeco, y él, inconscientemente, iba haciendo los mismos gestos que hacía el muñeco, y ensayaba en él mismo las posturas.

Cuando terminó hubo un silencio; nadie se atrevía a mirar al fantasma cara a cara, pero nadie se atrevía a no mirarle, porque entonces parecía moverse.

No rieron a carcajadas comentando el suceso de Jacobo. Sabían que un susto mata. Sonaba el péndulo más que nunca, y en el corredor, sin saber qué hacer, se comían nerviosos las migas de la mesa. Eran las doce. Y se cerraron con pestillo.

\*\*\*

A media noche, ¡pum!... fué un sonido más blando que el de la maceta, que todos oyeron. Sólo el gato y la patrona se incorporaron. Sólo el gato se resistió al desvelo, y volvía a su dulce sueño de tejados y chimeneas. Ningún otro reconcilió el sueño.

Y de mañana, gritos de la criada. Allí, el cuerpo de Jacobo.

—¡Qué horror! ¡Ha muerto del susto!—decían todos.

—¡Sangre! ¡Sangre en el corazón!—describió uno.

Se acercaron al monigote. El hilo del brazo estaba roto, pero imitaba la postura en que le dejaron. El puñal tenía sangre fría en la punta.

Le miraron a los ojos, y no los daba cara a cara.

Se turbaba como una colegiala. Y es que... no tenía él la culpa.

ANTONIO ROBLES



# UN CARNIVAL

Carnaval... Los polvos de la madre Celestina llueven sobre el mundo. Son polvos de colores; confetti depica-pica; rapé de oro, como burbujas de champagne, que llegan hasta el sol y le hacen estornudar violentamente...

Las serpentinas, manejadas por un malabarista japonés, trazan rúbricas en el aire.

Por los paseos van las máscaras. Toda la aristocracia del Brinco, el Volatín, la Desarticulación y el Pirueteo. Los Han-lon-lee van por los aires, dando saltos mortales de farol en farol y unos negros bailan al son del jazz-band.

Pasa Cyrano, llevando en la nariz a Pulgarcito; y pasa el Padre Cobos, declamando un sermón con grandes aspavientos.

Polichinela tira billetes de banco. Pero no hay que hacerse ilusiones: son anuncios. Los vendedores turcos hacen juegos malabares con los fez, y John Bull, jugando a ser balón, bota sobre su propia panza.

Viene el Diablo Cojuelo con toda su familia de enanuelos, duendecillos, gnomos, chisgaravís y zascandiles; gente minúscula y jovial que enreda y se entromete. Están allí El Espeluzno, El Estornudo, El Remilgo, El Guiño, El Tropezón; están don Friolera y don Traspies; el inventor de las Cosquillas y el duende de la Muerte Chiquita...

Puck, el geniecillo de la travesura y el retozo, se ha montado en la máquina de un afilador y pedalea vertiginosamente. Va y vuelve; gira y cambia, sin ton ni son; afanado y febril, como buscando el sentido común que se ha perdido.

Todo lo revuelve y atropella; rebulle y se escabulle sin cesar, y atolondra de tal modo que el Ogro se amosca y se traga a Puck, sin más, con máquina y todo.

Pero se le indigesta al Ogro aquel bocado y tienen que operarle en medio del paseo. Le abren la barriga entre todos con ayuda de la espada de Bernardo y extraen a Puck que vuelve a correr, atolondrado. Se abrocha el

Ogro la barriga, con unos pasadores, como las pecheras planchadas, y se dirige al Circo en el acto para exhibir allí su «estómago-chaleco».

El-que-inventó-la-pólvora va ensayando en un palo muy largo el procedimiento científico de subir a las cucañas y El-que-asó-la-manteca, quiere a

todo trance, para más comodidad, andar con las piernas al hombro.

Se ven, de cuando en cuando, máscaras de gran calidad: son personajes que van al Baile de Trajes que da aquella tarde en su palacio de Tócame Roque, la Marquesa de A mf... ¡qué! Llamada en francés de Sans-Souci, tam-



Dib. GALINDO.—Madrid.

MÁSCARA PRIMERA.—No puedo amaros Amarinda, Tengo viruelas.

MÁSCARA SEGUNDA.—Lo siento porque soís tan guapo que las debéis de tener locas..



bién conocida en España con el nombre de «Aquí me las den todas». Van los invitados por parejas: Hamlet con Mademoiselle de Lespinasse; la Dama de la Media Almendra con Frégoli; Cleopatra con Napoleón; Hinderburg con Caperucita... Un estudiante de la Tuna lleva a las Majas de Llovera, y Falstaff orondo, luce, de un brazo, a su patrona, jamona de buen ver, y del otro a la Maja... vestida. Mefistófeles va con Einstein y Einstein pregunta a Leda:

—Vamos a ver, puntualicemos... ¿Cómo fué lo del cisne?...

En cuclillas sobre un cerdo pasa el Tío Sam, haciendo «ajito» a Colombina, que condesciende, coquetísima... y los tres hermanos que fueron a libertar, uno tras otro, a la Princesa, han domesticado al Dragón y se exhiben en él, lleno el lomo del animal de carteles anunciadores.

Pero todos de pronto se detienen: ha surgido ya, por allá lejos, el cucurucho negro y estrellado del Alquimista Nigromante. Viene a fabricar la noche. Trae un hornillo, una redoma, un librote grandísimo, un maletín y siete u ocho bártulos. Planta su instalación en medio del paseo. Todos contemplan, con expectación solemne, la operación misteriosa. Encendido el hornillo, colocada en los brazos la redoma, vierte en ella, a chorreoncitos, los líquidos secretos de unos frasquitos chiquitines. Sale a poco por el pitorro de la redoma un humo perla, y, después, otro naranja, y, después, otro rojo, y otro rosa, y otro azul... Suben al cielo, se esparcen por el cielo, se alejan hasta cubrir el horizonte...

—El crepúsculo, señores—dice el Nigromante, mostrando su ejercicio—. El crepúsculo, señores; químicamente puro... ¡Voilà!

Suelta, de una jaula, un murciélago, y el animal, en danza de Mis Fuller, va claveteando por el cielo un terciopelo azul.

Veloz, surge un cohete; pasa horizontal al ras de todas las cabezas; serpentea, se hiergue, y, subiendo perpendicular hasta los cielos, escribe en la altura (nuevo sistema de anuncios): *Antifaces invisibles. Última creación.*

Luego cae, silbando, hecho una lágrima.

—Señores, un momento—dice el Mago—y dándole al manubrio del gramófono, pone el disco de «El Ruiseñor».

Todos escuchan, silenciosos, en la noche, el canto de aquel animal histórico.

—Es un animal del siglo XIX—explica un erudito—hizo furor allá en sus tiempos..

MANUEL ABRIL



## GALIMATÍAS EPIGRAMÁTICO

Murió un torero genial  
cuyo nombre ya olvidé  
y tan verdadero fué  
el gran duelo nacional  
que, según dijo Sagasta,  
un autor muy celebrado:  
—¡Una corrida se ha dado  
con toros a media asta!

...

La esposa de Nicolás  
Fulánez, el hombre más  
aplaudido por la gente  
(que es traductor eminente  
del francés), de tiempo atrás  
viene anunciando un renuevo  
que nacerá en este mes,  
pero yo advertirles debo  
que dudo si será nuevo  
u otro arreglo del francés.

...

Un socio que andaba mal,  
por hacer un capital

modesta agencia ha montado  
a la cual ha titulado  
*La Previsión Paternal.*  
Y su hija, la linda Pura,  
se ha escapado con Ventura  
en alas de atroz pasión.  
¡Ha quedado a gran altura  
la Paternal Previsión!

...

Leo en la extranjera prensa  
de mayor circulación  
artículos en defensa  
de un célebre cinturón  
cuya eléctrica energía  
a enfermo que se lo pone  
vuelve salud y alegría  
y a nada malo le expone.  
No hagan caso de esa gente  
que nos promete ventura.  
¡Quieren meter en cintura  
a la humanidad doliente!

...

—¿Conque hay atracos frecuen-  
decía Luis Badulaque [tes?—  
(poeta de los eminentes,  
cuyas hambres son frecuentes)—  
¡Pues a mí no hay quien me atraque!...

...

Yace en esta sepultura  
el usurero Pintado  
que al entregar su alma a Dios  
dijo: ¡es lo único que he dado!!.

...

Con un guardia de la porra  
se casó Petra Zapata  
y su vecina Facunda  
dijo estas leves palabras:  
—¡No podrá negar la Petra  
que esta tarde está de guardia!

POT-POURRI



# CURIOSIDADES DEL CARNAVAL

Habrán ustedes observado repetidas veces que don Gonzalo de Ulloa y don Diego Tenorio, son los únicos gachós que en el divertido drama de Zorrilla tienen la desvergüenza de vestirse de máscara, o por lo menos de colocarse un antifaz cada uno, cosa impropia de su edad y de su importancia entre la buena sociedad sevillana.

Yo, desde luego, y supongo que ustedes también, estoy resuelto a pasar por alto esta falta de formalidad de ambos ancestrales vejstorios. Pero lo que yo no puedo tolerar sin protesta, y me figuro que ustedes tampoco lo tolerarán, es la frase que don Diego dirige a su hijo en el momento más culminante de la bronca en la hostería.

El susodicho don Diego, sin quitarse la máscara ni a tiros, se atreve a encararse con su vástago (que tiene el rostro a plena luz) y le larga lo siguiente.

—¡¡No te conozco don Juan!!

¿Y no les parece a ustedes más lógico y más caballeroso, y menos idiota que don Diego dijera lo contrario, es decir, lo que dicen las máscaras en esas ocasiones?

—¡¡No me conoces, don Juan!!

Porque es lo que sucede en aquel momento, que don Juan no conoce a don Diego y que este sí conoce a don Juan.

¿A qué burlarse del pobre muchacho de esa manera tan ignominiosa?]

Pero, en fin, ya que no podemos hacer otra cosa, conste aquí nuestra más enérgica protesta por el inicuo proceder de don Diego y hagámosla extensiva al Comendador que se hace cómplice de la broma y que además grita como si tuviese razón cuando le llega la vez.

\*\*\*

El eximio e inolvidable señor conde de Romanones que también tiene su corazoncito, quiso un año disfrazarse para dar unas cuantas bromas a sus amigos políticos, como si sin necesidad de vestirse de pierrot o de bebé no nos las hubiese dado, y bien pesadas, a todos los compatriotas que tenemos el floreciente honor de tratarle. Pero, en fin, el caso es que quiso correr la

juerga y que solamente le hizo vacilar una consideración tan lógica como pertinente: la de que merced a cierto garbo inconfundible que se deriva de sus marchas a pie, pudiera conocerle por bien disfrazado que fuese.

Pero, ¡¡ah, señores!!... Por algo don Alvaro de Figueroa es el hombre de las iniciativas geniales y de los planes maquiavélicos... Y van ustedes a pasarse gravemente, en cuanto yo les diga cómo solucionó el conflicto y se pudo dar el gusto de vestirse de máscara, y asistir a bailes y desfiles y embromar a todo el censo de población de la villa y corte.

Fué así:

Convenientemente disfrazado echóse a la calle y empezó a andar con su peculiar estilo. Y, ¡naturalmente!, a pesar del antifaz, comenzaron los comentarios y la expectación de los curiosos.

—¡Es Romanones!--exclamaban con asombro.

Pero, acto seguido, la máscara se echaba mano al bolsillo y empezaba a arrojar monedas de cobre a los golfillos con gesto olímpico de dilapidación.

Y los curiosos rectificaban *ipso facto*.

—¡¡No!! ¡¡No es Romanones!!... ¡¡No es posible!!...

Claro es que esta historieta, para que resulte lógica, tiene que concluir reconociendo que, en efecto, no podía ser Romanones... Aun suponiendo que las monedas de cobre eran todas portuguesas o de Isabel II, y aun dando por hecho que se les había facilitado Brocas gratuitamente, el señor conde no las habría tirado así.

Por tanto tienen ustedes razón si dudan de lo escrito. ¡Aquí el que ha querido gastar una broma de Carnaval he sido yo!... ¡Ya veo que no ha surtido efecto!... ¡Paciencia y otra vez procuraremos gastar otra mejor!...

\*\*\*

Bergamín fué una noche detenido amablemente por un portero de la Comedia al pretender penetrar en el baile de Escritores y Artistas.

Don Paco, que iba de etiqueta y que creyó debía ser reconocido y respetado, protestó:

—¿Por qué se me detiene y se me impide la entrada?

—¡Me permito observar al señor que es forzoso que se quite esa careta que lleva!... ¡De noche están prohibidos los antifaces grotescos!...

Inútil nos parece añadir que Don Francisco no se podía quitar la careta susodicha, ni aquella noche ni jamás, y, que bastante lo está sintiendo él desde hace la mar de tiempo.

\*\*\*

El verdugo de París, tuvo la humorada de disfrazarse de torero hace doce años.

En una calle topóse con Raquel Meller, a la que admiraba por su canción *El ahorcado*, y la embromó ligeramente.

Y Raquel, que hasta en Carnaval es seria, tomó en serio al torero, y le preguntó con gran interés:

—¿Es usted banderillero?

—¡Soy matador, señora!--contestó el otro.

No sabemos más.

\*\*\*

Un poeta argentino, con aficiones mitológicas, disfrazóse de dios Pan.

A tan insensato proceder no tenemos que objetar nada, pero es el caso que el referido poeta dirigióse a un paisano nuestro, establecido en Buenos Aires, y le atizó un *sablazo* considerable para poder gozar de las delicias del domingo gordo.

Menos mal que el vate fué franco y le dijo a nuestro compatriota:

—¡Perdone, ché, pero es que no tengo un peso!...

De donde se deduce que también en la adelantadísima República Argentina hay Pan falto de peso...

Y dispensen el delicadísimo chiste, que es otra broma de Carnaval.

Menos mal que es ya la última.

Gracias a Dios, ¿verdad, señores?

ERNESTO POLO



## A PROPÓSITO DEL CARNAVAL COMO ACABÓ SUS DÍAS ITARRETA

La vida, como los roscones de Reyes,  
siempre nos guarda una sorpresa.



Es lo común que los cronistas y los cuentistas vean con angustia terrible la llegada del Carnaval.

La cosa se explica más fácilmente que un drama de Araquistain. Porque esos tres días de estupidez convulsiva que se conocen con el nombre de Carnavales, y en los cuales divertirse es obligatorio como el servicio militar, parecen hechos exclusivamente para que los cuentistas y los cronistas ideen un cuento o una crónica basados en los festejos.

La época del primer Carnaval se extravía en la noche de los tiempos, y la aparición del primer cuento o de la primera crónica carnavalesca, también. Lo cual quiere decir que, aproximadamente, se han escrito diez millones ochocientos veintidós mil trabajos con ese mismo asunto. Y los cronistas y los cuentistas de hoy, cuando se ven en la obligación de escribir algo nuevo sobre tema tan anciano, se colocan en ese encantador estado de ánimo conocido por «desesperación hiperbólica».

De aquí que la aproximación de los Carnavales les produzca la misma sensación de angustia que produce ver *El Fantasma de la Opera* o asistir a unas oposiciones al Catastro.

Por mi parte, declaro sin rodeos que he esperado con júbilo la llegada del Carnaval. Y no es que haya pensado dedicarme a la venta de matasuegras de celuloide, no; es que, desde hace meses tengo encerrado en el alcázar del cerebro—¡ole!—una aventura de Carnaval tan maravillosa que las aventuras del capitán Nemo comparadas con ella, quedan reducidas a un viaje de ida y vuelta hasta Villalba.

El protagonista de la aventura murió ya, y en su testamento, además de dejarme una hermosa cucharilla de plata con una inscripción que dice «Hotel Savoi», me dejaba en libertad para contar su aventura.

Voy, pues, a contarla con toda la sencillez posible, porque las hazañas gigantescas y extraordinarias no deben envilecerse con las galas de una literatura descriptiva. Présteme atención el lector.

En los Carnavales a que quiero referirme, se presentaron setenta y una carrozas diferentes. Así cuenta, al menos, en la relación que tuvo a bien hacer el Jurado. Y sin embargo, los permisos pedidos al Excelentísimo Ayuntamiento, fueron setenta y dos.

Recapacite el lector sobre esto y comprenderá al instanté que una de las carrozas no desfiló ante el Jurado. Esto, al parecer tan nimio e intrascendente, es la clave del misterio que rodea la anunciada aventura. ¿Cuál era la carroza que no desfiló? ¿Qué representaba? ¿Quién era su dueño? Sombras impenetrables ocultan las correspondientes respuestas.

Voy a iluminar esas sombras yo que puedo hacerlo.

Señores: el dueño de aquella carroza era mi amigo Itarreta, hijo del conocido fabricante de ceniceros con motor, natural de Bilbao y hombre notable, que tradujo al sueco *La Bejarana*.

Itarreta, a quien quise siempre como a un hermano, de donde se deduce que las bofetadas que mutuamente nos propinamos son incon-



Ramón

—Te conozco. Eres Luisita.  
—¿Y cómo me has conocido si no puedes verme?  
—Por la sortija, que me costó los ojos de la cara.

tables, pensó aquel año batir el *record* de la originalidad en carrozas y mandó construir una que representaba un tranvía de «Sol-Cuatro Caminos». El parecido era tan exacto como asombroso; no faltaba ni el trolley ni el silbato del cobrador.

Dos borricos morunos, ocultos bajo el armatoste, ponían en movimiento el tranvía a una velocidad de tres metros por hora, lo cual contribuía a dar mayor sensación de realidad.

Itarreta iba disfrazado de conductor; su amigo Lolo Parrasina, de cobrador; y quince compañeros de ambos sexos, iban disfrazados de viajeros.

Cuando la carroza se puso en marcha, la multitud aclamó a Itarreta como al hombre de más inventiva de España. Itarreta saludaba amablemente y tocaba el timbre con una frecuencia que en ocho minutos, se le desgastó el tacón del zapato derecho.

Al doblar la primera esquina, ocurrió un hecho inusitado. Un caballero salió de cierto portal, ganó el centro de la calle, se colocó ante la carroza y alzó una mano. Cuatro segundos más tarde subía por la plataforma posterior, sacaba una moneda de diez céntimos, se la entregaba a Lolo Parrascina y se sentaba tranquilamente, leyendo un periódico.

Itarreta y sus compañeros se quedaron absortos. Luego comprendieron. Aquel caballero había confundido la carroza con un tranvía de verdad.

Y Lolo se le acercó amablemente:

—Caballero; esto no es un tranvía... Esto es una carroza, y nosotros...

El caballero alzó el rostro, frunció los labios y exclamó:

—Soy una persona seria. ¡Vaya usted a gastar bromas a la maja de Goya! ¡Esta gentuza piensa que todo el que sale a la calle en Carnaval tiene gana de chulla!

Hubo que dejarle.

Pero una hora después, los individuos que habían subido a la carroza creyendo que era un tranvía de verdad, sumaban veintisiete. La carroza iba atestada y Lolo recaudó dos pesetas con ochenta céntimos.

Sin embargo esta cantidad no les compensó nunca de las molestias de la aventura. Porque los verdaderos viajeros exigieron que la carroza fuese de Cuatro Caminos a la plaza del Progreso y viceversa, y a las once de la noche, Itarreta había hecho diecinueve veces aquel recorrido, siempre con nuevos viajeros que tomaban la carroza, al llegar al final del trayecto, con la misma furia con que el general Wellington tomó las alturas de los Arapiles en un día inolvidable para la historia hispana.

Durante mucho tiempo se notó en el Círculo la ausencia de Itarreta y sus compañeros.

Sólo yo sabía que, pasado ya el Carnaval, ellos seguían conduciendo viajeros de Progreso a Cuatro Caminos, porque la sociedad de tranvías no quiso tolerar que se retirase de la circulación uno de los mejores coches.

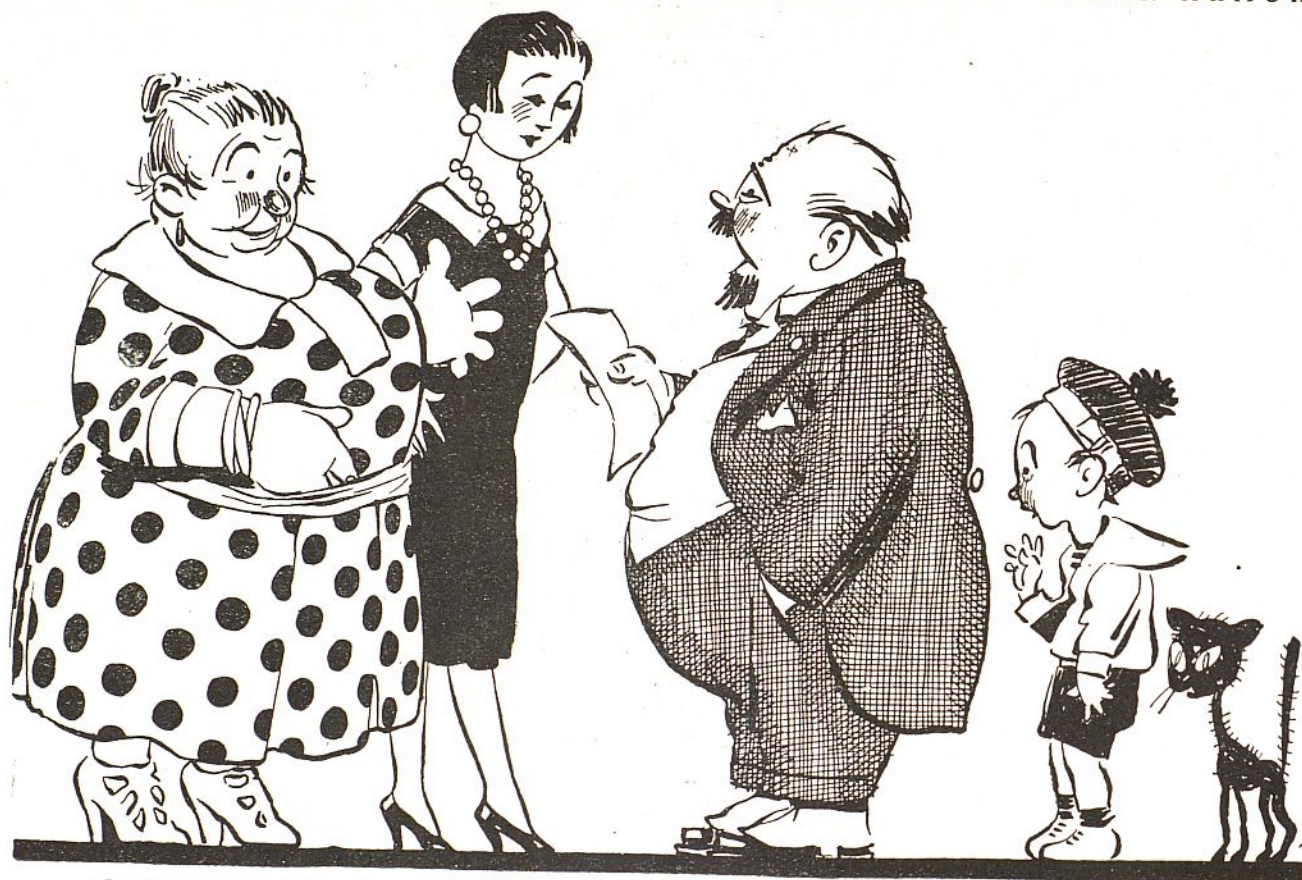
He dicho que Itarreta ha muerto ya. ¡Pobre amigo! La última vez que le ví fué en la Glorieta de Bilbao. Iba en su puesto, agarrado a las manivelas de la conducción, demacrado y lloroso.

—¡Adiós, adiós, Enrique!—gritó al verme—y me tiró un cigarrillo al pasar.

Yo no pude más que llevarme el pañuelo a los ojos y deplorar que el cigarrillo fuese de cincuenta.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA





«Los vizcondes de San Serenín del Monte tienen el gusto de invitar a usted y familia al baile de trajes que se celebrará en su palacio el domingo de Carnaval. Disfraz obligatorio.»

## ¡PASO A DON CARNAVAL!

¡Paso, señores, paso a don Carnaval! He aquí mi visita acostumbrada, en contra de los augurios que se hacen todos los años. Como don Juan, como todos los grandes amadores y amadoras, yo soy puntual a las citas.

Y es más de agradecerme esto, cuando vengo sin gusto. ¿Por qué me presento entonces? ¿Acaso por la fuerza de la costumbre? ¿Quizá por proteger a los vendedores de serpentinas? ¿Tal vez por no desairar a los que me aguardan? Ni yo mismo lo sé... Sé que vengo, y a regañadientes. Por esto llego cada vez más mustio, más mísero, más triste...

Este año vengo sin careta. De seguro que no me conoceréis. Y es natural. La careta es mi cara—entiéndase bien, mi verdadera cara—. Quitádmela, y no seré yo; digo, sí, seré yo, pero cam-

biado, metamorfoseado, en suma: con disfraz. Y, sin embargo, me quito la careta, no a este objeto, ni al otro, ni al de más allá, sino para que me conozcáis. ¡Ah, señores! El mundo es un absurdo, una paradoja, una antimonia, que diría un ensayista...

Escritores y artistas, como buitres, como cuervos que cayeran sobre su presa antes de verla exánime en el suelo, han descendido sobre mi reputación y han clavado en ella sus picos afilados por la calumnia, sus garras abiertas por el odio. Novelistas, poetas, cuentistas, dramaturgos, zarzueleros, pintores y dibujantes han asido sus plumas, sus lápices y sus pinceles, y me han presentado como un monstruo, como una fiera, como el brazo derecho de don Pécado. Sonetos en que se rimaba mi nombre con los vocablos *mal*,

*banal* y *mortal*. Odas con ribetes filosóficos y respuntos moralistas y bordados de percalina de oratoria, en que se me llamaba «avivador de la carne», «corruptor del mundo» y «pariente —por la vía estrecha— de Luzbel». Novelas en que yo aparecía haciendo mil locuras por las calles de Niza. Operetas y revistas que me hacían declamar cursilerías en los canales de Venecia. Dibujos en que se me representaba vertiendo la tentación en unos ingenuos oídos femeninos. Cuadros, generalmente titulados «Arrepentimiento», en los que aparecía una doncella cándida llorando desconsoladamente, y al fondo, como esfumada, la plasmación del recuerdo de la joven, consistente en una alegoría de mi persona...

¡Ah, señores! De creer a esos artistas y literatos, yo he deshonrado más





*... y como la familia de don Obdulio recibió la invitación el domingo por la mañana, y no había tiempo de pensar en disfraces de época, fueron al baile de los vizcondes con los trajes de la época actual... pero cambiados.*

Dibujos RAMIREZ.—Madrid.

doncellas y he tenido más desafíos y borracheras que don Juan, Casanova y Mejía juntos. Y todo eso es mentira. Apelo al testimonio de los que conmigo se aburrieron.

Yo, caballeros, soy en el fondo un infeliz. Acaso sea un poco plebeyo y chabacano, pero nada más. En los pueblos, y hasta en algunas capitales, me ha gustado cantar coplas y adoptar disfraces alusivos a determinadas personas, con ánimo de molestarlas. Esto no está bien, y lo reconozco noblemente. También me ha encantado vestir a mis devotos con pantalones viejos, hongos y levitas prehistóricas y chalecos agujereados. He gozado también invirtiendo los sexos, vistiendo a las mujeres de hombres y a los hombres de mujeres. He llenado el mundo de Pierrots, de Colombinas y de Arlequines... He construido millones de casas chinas, y de patios andaluces, y

de elefantes de la India. He proferido mil barbaridades. He arrojado escamas de pescado, haciéndolas pasar por confetis. He inundado las mejores galas de agua natural dándola por esencia. He cometido cien mil actos reprobables más, de los cuales me arrepiento sinceramente... Pero, señores, bueno está lo bueno, y no es justo abrumar al pecador con pecados que no ha cometido. Dígaseme grosero, estúpido, de escasa originalidad y de gustos nada refinados... Pero de ahí a que se me presente como prototipo del desenfreno, hay mucha diferencia. Hora es de que resplandezca la verdad. Yo, señores, no he sido muchas veces sino una pantalla que ha velado los excesos de muchas gentes para las que todo el año es Carnaval. Sépanlo de una vez. Ni soy tan divertido como parece, ni todas las virtudes que he hollado eran virtudes, ni todo el champán que he

descorchado era champán... Es muy frecuente comer gato por liebre, y beber sidra y gaseosa diciendo que es... licor del Polo.

¡Paso, señores, paso a don Carnaval! Pero no al don Carnaval de la leyenda, sino al auténtico, al que en un momento de sinceridad arroja la careta y aparece tal cual es, sin trampa ni cartón. Al don Carnaval envejecido, grotesco, lamentable... Al de las sedas de percalina y los armiños de algodón y los oros de lata... Al don Carnaval que todos los años, entre *vals* y *fox*, lanza un bostezo interminable, y con su boca de hastío se engulle, como una enorme alcantarilla, todo el salón, con sus danzantes y sus danzarinas y sus carcajadas...

Por don Carnaval,  
que no sabe firmar,

DIEGO PRADO DEL AGUILA



# UNA CARTA SIN DISFRAZ

«Querido primo: No vengas a Madrid a ver las máscaras y quédate en Mascaraque tranquilamente en tu casa.

¿Qué puedes ver aquí? Ciegos, tullidos o sin *peana* que tocan en calzoncillos, por la calle la guitarra; algunos *tunantes* que otros, que sacan a las criadas

tal cual perrilla, y que llevan en la frente una cuchara; muchos niños disfrazados, que van hechos una facha; el oso con sus pellejas; el del *higuf* con su caña, y alguno que, escoba al hombro, luce por calles y plazas el camisón de la esposa con cromos bajo la espalda.



Dib. DEL RÍO. —Barcelona.

—¡Le voy a romper a usted la cara!  
—La careta, caballero, la careta...

Sé de un tal Gil, dependiente de un almacén de quincalla, que aún tiene fé en las venturas que el Carnaval nos depara.

Se planta un traje de diablo mitad verde y mitad grana, con un rabo que es la envidia de todas sus parroquianas.

Por llevar Gil, hasta lleva las manos enmascaradas merced a los sabañones que al por mayor las esmaltan, y asiste todos los años a los bailes que prepara cierta Sociedad de pollos cuasi «peras», que se llama *La Pantorra movediza*, en la cual, entre una sarta de zánganos, brilla el diablo del almacén de quincalla, dispuesto a empaparse en whisky (del de Chinchón) las entrañas y a foxtrotar con las furcias sin hacer gasto ni gracia.

Por eso, sin duda, dicen las bulliciosas muchachas que es una verdad muy grande lo de que «el diablo las carga».

Después, escándalos, golpes y fin de fiesta en la Casa de Socorro; un doctor que echa medias suelas a la hinchada nariz del diablo; otro médico que asiste a una pobre máscara en cierto horrible percance prematuro... y santas pascuas.

No hay más que esto. Si es mentira, que caiga un rayo y te parta.

Conque... pasa en Mascaraque el Carnaval a tus anchas.

Da un par de vueltas al pueblo con una colcha encarnada y espétale al boticario lo que hace la boticaria; y si la colcha te abruma, sin disfrazarte de nada diviértete como puedas con el cura o con el ama; que aquí las máscaras, primo, te pueden salir *más caras*... ¡y el *amarar* en Rosales no ha de ser cosa muy grata!»

JUAN PEREZ ZÚÑIGA





—¿Qué dice usted, guardia? ¿Que me he emborrachado? ¡Vamos, hombre, usted a mí no me conoce!...



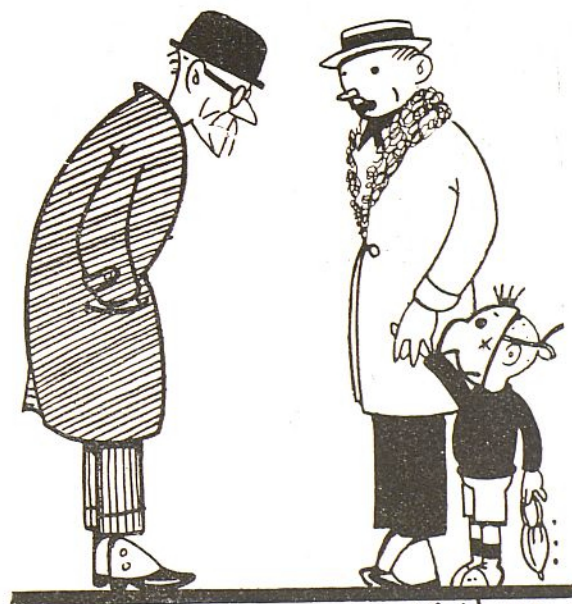
—Pues me extraña mucho que te hayas comprado un hotelito en Pozuelo, no teniendo más pesetas que las que ganas en este negocio...

—Pues yo te juro que tengo este dinero porque me sale de las narices.



—¡Caramba, Ubaldo! Ya me he enterado de que se ha disfrazado usted este carnaval y que le han dado un premio.

—Sí, señora, el de máscaras a pie.



Mihura xxvi.

—¿De manera que este es su hijo menor? Pues la verdad, don Robustiano, no se parece a usted en nada...

COSAS DE CARNAVAL, por Mihura.



# POR QUÉ ME DISFRACÉ DE MULA

I

Cuando Ursulino Avecilla, mi compañero en el noble juego de la rata, penetró en la alcoba, roncaba yo desahogadamente, sumido en un sueño profundo como un tratado de metafísica.

Ursulino comprendió lo desagradable de un despertar brusco, ya que el sueño de «Manón», comparado con el

mío, resulta una siesta veraniega. y, enemigo de las determinaciones violentas, quiso despertarme de un modo dulce y poético que recomiendo a los lectores. Arrancó un clavo de la estera, y después de introducirme delicadamente por el conducto auditivo, dió en él un fuerte martillazo. Abrí los ojos al sentir la caricia, y le interrogué acerca de su visita tan mañanera.

Ursulino me miró en silencio dándose importancia. Luego dijo:

—Estoy organizando una carroza monstruo. Cuento contigo. Puedes ir disfrazado de lo que quieras; lo mismo de *pierrot*, que de esquimal en traje de gala. Como la carroza se titula «Vista fotogénica y panorámica de una galería de los Almacenes Rodríguez», no hay necesidad de que todos vayamos iguales. Fué una idea que se me ocurrió para evitar la monotonía de los disfraces. No faltes, ¿eh? El domingo a las dos en punto te esperamos en el solar de donde saldrá la carroza. Ahí te dejo las señas. Adiós.

Le acompañé hasta la escalera. Se montó en la barandilla, y desapareció rápidamente.

II

Embutido en un traje de chorizo de Pamplona, me presente en el sitio de la cita. Era un solar en cuyo centro se alzaba una monumental carroza a la que aún no habían enganchado las mulas. Varias máscaras instaladas ya en ella entonaban a coro el *andante con moto* del «Tadeo». Cundía la impaciencia para marchar, pero esperábamos a Ursulino para que diese la orden de que engancharan los tiros.

Cuando se presentó Avecilla disfrazado de mesa de billar, fumando un puro en una pipa-matasuegras, fué recibido con una ovación calurosa y entusiástica.

—¡Viva! ¡Bravo! ¡A la Castellana! ¡Andando! ¡Siempre adelante! ¡Acordaos de Vasco de Gama!—decíamos todos.

De improviso, Ursulino se puso lívido y, con desesperación, dióse dieciséis palmadas en la frente. Y exclamó:

—¡Soy un camello! ¡Se me ha olvidado alquilar las mulas!... No podemos irnos!

Y lleno de dolor, cayó preso de un desmayo.

III

Fué el primero en hablar:

—¿No estamos aquí cuarenta personas? Pues bien: propongo que diez de nosotros nos disfracemos de mulas y, enganchados a las varas de la carroza, conduzcamos ésta a cuatro patas. Será una cosa original. Precisamente hay aquí una cuadra, en donde encontraremos todo lo necesario para nuestros disfraces. ¿Qué os parece? ¡Manos a la obra!

Diez individuos se ofrecieron como



Dib. GARCÍA CUERVO.—La Arena.

—No tienen ustedes más que periódicos con relatos de crímenes espantosos!

—¡Naturalmente!

—¡No comprendo!

¡La cuestión es poner a los parroquianos los pelos de punta! ¡Se les corta más fácilmente!



voluntarios. Se les vistió en un santiámén, y fueron uncidos al armatoste.

Ursulino dió la voz de *arre*, y al comprobar que la carroza no se movía, atizó unos cariñosos latigazos a los improvisados animales. Pero el carro pesaba mucho, y era necesaria más gente.

—Que bajen otros diez—propuse yo.

Diez héroes anónimos se presentaron. Entre todos les ayudamos a disfrazarse de mulas, y les enganchamos a los otros. Pero tampoco consiguieron mover la carroza.

—¡A ver! ¡Diez más!—gritaron varios.

Diez individuos bajaron de lo alto, y se uncieron ellos mismos.

Penosamente, la carroza empezó a marchar. Mi amigo Ursulino iba guiándola, y de vez en cuando, para animar a los que hacían de mulas, les propinaba unos cuantos latigazos.

Marchábamos lentamente. Tan pronto como salimos del solar, los que nos conducían se tendieron en el suelo. Estaban extenuados.

—No podemos más.—Se lamentaron.—Pesáis mucho. Nos hacemos daño en las rodillas...

Entonces, yo tuve una resolución heroica. Y dirigiéndome a los pocos que aún estábamos en la carroza, les grité:

—¡Todo el mundo a cuatro patas y a tirar como los bravos! ¡Tened presente que somos caballeros!

Como un solo hombre, los del carromato saltamos al suelo y nos unimos a los demás. La carroza, ya completamente vacía, echó a correr calle abajo.

vimos un gran éxito. Perfectamente enjaezados y aparejados recorrimos varias veces el paseo levantando murmullos de admiración.

Como en la carroza no iba nadie, el público supuso que representaba el Teatro Fontalba.

Ante la Tribuna del Jurado desfilaron al paso, luego a un ligero trotecillo y a galope más tarde. Los espectadores esperaban que alcanzáramos uno de los premios; pero no fué así. Ibamos tan prodigiosamente caracterizados de mulas, que el jurado calificador no se dió cuenta de que aquello era un disfraz. Lo consideró como nuestra individualidad propia.

Y, en lo que a mí respecta, no se equivocaba.

CARLOS FERNANDEZ CUENCA

IV

Al presentarnos en la Castellana tu-



Dib. VIGIL ESCALERA.—Po'a de Siro.

ARITMÉTICA RAZONADA

—¡Veinte litros de leche... a peseta... cuarenta pesetas!...





# DEL BUEN HUMOR AJENO



## LA JUERGA ESPAÑOLA

POR CAMI

### Acto primero.

La escena representa una taberna andaluza durante una juerga.

—No sé si sabrán ustedede que mi madre murió ayer cuando iba a la Fábrica de Tabacos.

La meridional concurrencia.—¡Olé! ¡Viva tu madre!

El viejo juerguista.—¡Grasia, grasia; mucha grasia!

El marqués noble y atrevido.—¡A ver, que traigan más vino! ¡Que traigan oloroso vino de la Andalucía y pescado frito de las Baleares!

La meridional concurrencia.—¡Sí, sí! Bien pensado.

El inglés que asiste a la juerga.—All vight. ¡Trafalgar Square, Picadilly, Bond street! Good evening. Studebaker!

El marqués noble y atrevido.—Tiene usted razón.

La linda bailaora.—Llevamos diecinueve horas de alocada y divertida juerga y empezamos a estar fatigados. Pero no importa. Nuestro deber es resistir hasta el último momento. Ahí fuera están unos turistas alemanes, relojes en mano, observando el tiempo que nos es posible aguantar y conviene que esos turistas se lleven a Leipzig una buena impresión nuestra de resistencia física.

El marqués noble y atrevido.—Efectivamente; la bailaora de tablado tiene mucha razón.

El arriesgado y malagueño toreador. Ayer tarde, cuando me dirigía a la plaza en mi bicicleta, ví a esos turistas y tuve que bajar para que me tirasen varias placas. Me dijeron que después de ver la Jungfrau no habían contemplado un espectáculo tan hermoso como el que ofrecía yo, vestido con mi traje de toreador y de pie al lado de mi potente bicicleta.

El terrible bandido de Sierra Nevada (Entrando súbitamente por una ventana armado de su trabuco y con el sombrero ligeramente inclinado hacia el lado izquierdo).—¡Alto! ¡La bolsa o la vida!

El marqués noble y atrevido.—Señores: el terrible bandido de Sierra Nevada nos ha sorprendido en plena juerga. Nosotros no estamos en condiciones de defendernos. El terrible bandido ha tenido un gran éxito.

El terrible bandido de Sierra Nevada.—¡Pronto! Vengan todas las joyas y el dinero. (La meridional concurrencia va entregando al bandido cuanto posee).

El viejo juerguista.—No tengo más que esto. (Le da una moneda de cinco pesetas al bandido).

El terrible bandido de Sierra Nevada.—Veamos si es bueno. (Masca el duro y sin darse cuenta, se lo traga). ¡Por Santiago! Era bueno... y me lo he tragado. Esto se llama empezar mal el día.

La linda bailaora.—Yo nada poseo, señor bandido.

El terrible bandido de Sierra Nevada.—Me basta con que me des tu amor, linda bailaora de tablado.

La linda bailaora.—Mi amor es tuyo desde que te ví. ¿Tienes ahí fuera la jaca?

El terrible bandido de Sierra Nevada.—Sí. La he dejado al cuidado de unos turistas alemanes.

La linda bailaora.—Pues bien: huyamos. Yo iré a la grupa de tu piafante jaca.

El terrible bandido de Sierra Nevada.—¡Huyamos! (Ambos huyen por la ventana, montan en la jaca, dan una propina a los turistas alemanes y desaparecen.)

El arriesgado y malagueño toreador.—¡Maldición! ¡Cien veces maldición! El terrible bandido de Sierra Nevada huye con la linda bailaora, que era mi novia.

El marqués noble y atrevido.—¿Y qué haréis con el infame seductor?

El arriesgado y malagueño toreador. (Después de permanecer pensativo un rato).—Le brindaré un toro.



—¡... na criada para todo'

(De Passing Show, Londres).



Acto segundo.

El mismo lugar de acción.

El marqués noble y atrevido.—¡Alegría! ¡Que haya mucha alegría! El gracioso cantaor debe cantar otra alegre copla de su repertorio.

El gracioso cantaor.—Yo obedezco siempre a los marqueses nobles. (Rasguea la guitarra, escupe y canta.)

Ya ves si yo te querré  
que me he pasado la vida  
cogiendo flores del campo.

La meridional concurrencia.—¡Olé!  
¡Viva tu madre!

El marqués noble y atrevido.—¡Siga la espléndida juerga! Bebamos más vino español.

El viejo juerguista.—Se ha acabado el pescado frito.

El marqués noble y atrevido.—Que traigan más.

El fla menco bchico de la taerna.—No nos queda, señor. Llevan ustedes diecinueve horas de juerga y han agotado las existencias de pescado frito de toda la Andalucía.

El marqués noble y atrevido.—¿Y qué hacer? Una juerga sin pescado frito no se comprende.

El arriesgado y malagueño toreador.—Que traigan bacalao crudo.

El flamenco chico de la taberna.—Tampoco queda ya bacalao crudo, señor toreador.

El marqués noble y atrevido.—¿Qué hacer, Dios mío? No tenemos pescado frito ni bacalao. ¿Cómo continuar la juerga?

El arriesgado y malagueño toreador.—Soy un arriesgado toreador y tengo una idea. Parto para Escocia en busca de bacalao crudo. Aguardar mi

regreso cantando alegres coplas. (El toreador parte para Escocia.)

Acto tercero.

El mismo lugar de acción. Dos meses después.

El arriesgado y malagueño toreador. (Entrando.)

—Héme aquí, de vuelta. Traigo una buena cantidad de bacalao crudo que he pescado yo mismo en las costas de la brumosa Escocia.

El marqués noble y atrevido.—Durante estos dos últimos meses, te hemos esperado cantando alegres coplas.

El arriesgado y malagueño toreador.—Pues bien; continuemos la juerga. ¡Mozo! Más vino español. (Se sienta.)

Telón rápido.

P. P. y W.

# LA GRACIA DE LOS OTROS

## CHISTES DE TODO EL MUNDO

—Debes hacerte socio de nuestra sociedad. En cuanto pasen dos años tendrás entierro gratis.

—Gracias, prefiero vivir un poco más.

De Meggendorfer Blaeter.  
[Munich.

...

An inspector asked a class with what weapon Samson slew the Philistines. He got no reply.

—¿What is this? he asked, pointing to his jawobe.

—¡The jawone of an ass! was the prompreply of a scholar.

De «Buen Humor» Madrid, publicado en The Passig Show.

...

—¿Qué es este ruido que oigo a través del tabique?

—Es nuestro vecino que está hablando solo.

—¿Y qué necesidad tiene de hablar tan fuerte?

—Es que es sordo.

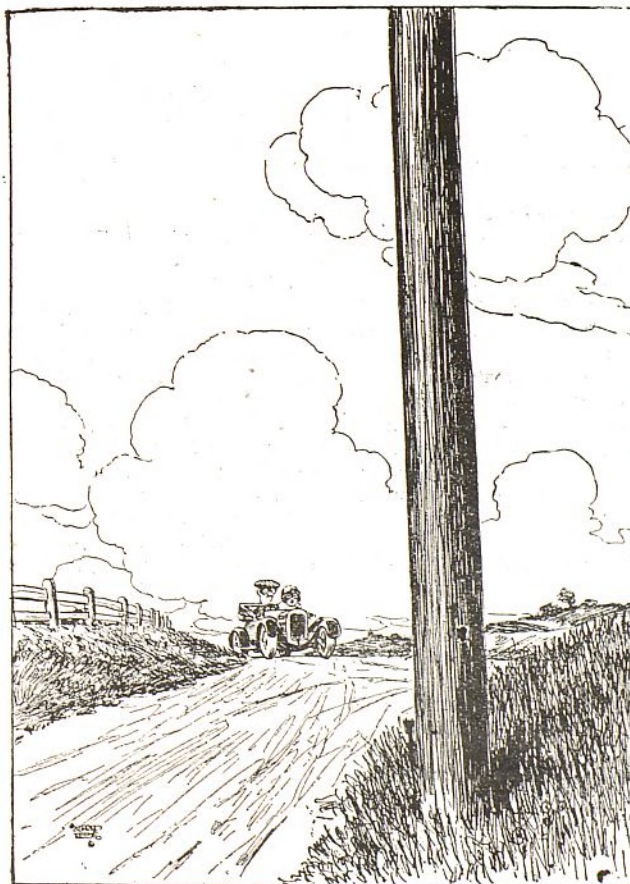
De Home Made.

...

—¿Por qué estás comiendo de espaldas a unas vistas tan interesantes?

—Porque si miro a los Alpes durante mis comidas me parecen muy pequeñas las raciones que me sirvo, al compararlas con las montañas.

Meggendorfer Blaeter. Munich.



JUAN (que gufa por primera vez) — ¡No me hables ahora que se nos viene encima un poste de telégrafo!

(De London Opinión Londres).



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**

Apartado 12.142

MADRID

PERFUMERÍA **PARERA**

ha creado el perfume de moda del mundo elegante y de los hombres modernos

**Varon Dandy**

DE FAMA UNIVERSAL

E. D. V. Valencia.—Comienza usted así su apasionada composición:

*«María del alma mía, madrileña chulapona...»*

Y nosotros la terminamos de este modo:

¡Esta es una tontería que va derecha a Cestona!

Y así ha sido, para escarmiento de usted y de todos los vates, líricamente amorosos, que venimos padeciendo desde luengos y disparatados años.

Pochotele. Madrid.—En su carta, tan ingenua como larga, nos confiesa usted que ha decidido meterse de hoz y de coz en la literatura, pero visto su artículo resulta que la hoz no parece por ninguna parte. ¡En cambio la coz menudea que es una bendición del señor!...

Marion Delorme. Barcelona.—Esto de Marion Delorme, es una idiolez enorme.

Señores dibujantes que la han diseñado esta semana.—Arrela, Morsini, Zopetti, H. de la Torre (Madrid), Ramy (Bilbao), Iruretagoyena (Madrid), Dempsey, Carlos Suárez (Oviedo), Eulogio Novillo

(Madrid), Globed (San Fernando), Apillon (Gijón), Laureano Barinoga (Badajoz), Eme (Sevilla), E. Santolaria (Zaragoza), A. del Bosque (San Sebastián), Flotow, Felipe (Biarritz), Meslizo (Ferrol), Camarlengo (Zaragoza), Pahissa, Lolini (Santander), Primus (Puerto de Santa María), Augustavo, Casildo F. Hernández, I comici tronati (Madrid), El noy de la sal, Pérez y sobriño, Blacamán, Bigardón (Cádiz), El revisor (Valladolid). Macorra (Madrid), P. F. F. (Valencia), Diógenes II, Punch y Planch, Isidórez (Alcalá de Henares), Calixto Alpuente, Morgan Street (Vigo) y otros cuarenta o cincuenta que no nos caben hoy aquí, pero que les dejaremos sitio en uno de los próximos números para que no digan.

**A M A D O R**  
— FOTÓGRAFO —  
**PUERTA DEL SOL. 13**

Dick. Burgos.—

¿Una ola al mar Tirreno?  
¡Me alegro de verte bueno!

Padopoulos. Atenas.—

Γαμνησὶ οὐ γυμνὰ εἰς ἄμην ἦν  
μεν ῥωαὶ γλυκεῖα, μυασπιθὲς ὄμην  
ὅς ἴσῃ εἰς δυστοῖα σκεδόν.

**SENSACIONAL  
DESCUBRIMIENTO**  
os asombrará en breve plazo

A. V. T. Buenos Aires.—¿Y a mí qué me importa que Carmencita tenga unas pantorrillas tan lindas, si vive en esa apartada República y no tiene seguridad de venir a Madrid un día de estos... o de los otros?... ¡Gana de ponerle a uno los dientes largos, ché!...

Desde que compra Teresa, los corsés Casa de Presa ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

Pariente. Madrid.—Rechazado. No se publicará. Lo sentimos, amigo Pariente. Recuerdos a la pariente.

De su catarro endiabrado aquí el ruido se percibe. ¿qué piensa ese desdichado que no usa Jarabe ORIVE?

Marco. Antonio.—Este marco es el Marco de menos valor que hemos conocido en nuestra alegre vida, ¡y cuidado que los hemos conocido desvalorizados! ¡pero éste (replátmoslo) es el amo de todos!

Zapo.—Los dibujetes podrían pasar, pero los chistes son atrozmente viejos. ¡Usted lo sabe tan bien o mejor que nosotros!

R. M. N. Madrid.—Dibujantes con vistas a la Prisión Celular.

**CUPÓN**  
correspondiente al núm. 220 de  
**BUEN HUMOR**

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

Leído en una comunicación oficial:

«El embajador de R... ha devuelto la comida con que le había obsequiado el Ministro de Negocios Extranjeros».

*Enrique Lorente.—Melilla.*

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

En un examen.

El profesor.—¿Cómo se llama un objeto que no huele?

El alumno.—Inodoro.

El profesor.—¿Y el que huele?

El alumno.—¡Isidorol!

A. M. C.—Alcoy.

Un examen de doctrina.

—Dime hijo mío: ¿cuántos Dioses hay?

—Siete.

—¡Hombre, lo acertaste!

—Pues mire usted, lo he dicho a bullo.

L. J.—Bilbao.

—El colmo de un juez.

Tomar declaraciones el día del juicio.

Don Benito.

Dos chicos de unos diez años presenciaban el sacrificio de un cerdo, y uno de ellos dice:

—¡Pobre animal, lo ceban para después matarlo!—A lo que el otro contestó:

—Es verdad; viendo estas cosas se le quitan a uno las ganas de comer.

Zeguellet.—Rincón de Medik.

—¿Quién ha sido el militar que ha viajado más por tierra y por mar?

—El general cartaginés Amilcar Barca, porque tenía Amilcar para tierra y Barca para mar.

E. G. L. M. R.—Granada.

### “BUEN PROVECHO”

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

“Los Teas” Alberto Aguilera, 29  
Teléf. 11-59 J. J.

Semejanza.

—¿En qué se parecen los aeroplanos a los duros?

—En que se gastan volando.

Ginés Sanz.—Lorca

En la plaza de abastos.

—¿Cuánto vale esta col?

—Por ser para usted una, treinta.

—¡Cara-col es!

Benigno Cutandas.—Sesefia.

Casero.—Para que vea que soy considerado, echo al olvido la mitad de la deuda.

Inquilino.—Pues yo no quiero ser menos, y olvido la otra mitad.

P. Lu. K.—Madrid.



Entre amigos.

—De seguro que a mi amigo Juan le cargan el muerto del crimen ocurrido ayer.

—¡Cómo! ¿Es que se encontraba por el lugar del suceso?

—Cá, hombre; ¡es que está empleado en una funeraria!

K. Ch. Tito.

Un jefe de Negociado encargó a un subordinado pusiera el visto bueno en un expediente. En efecto, el empleado cumplió su cometido, pero de tal modo que hizo inservible aquél, pues cuando el jefe lo examinó, halló escrito: «bisto bueno». Como es natura montó en cólera y exclamó:

—He de dar una lección de ortografía a este ignorante.

Y escribió debajo: «baliente vuro». Y se quedó tan fresco.

Tele.—Madrid.

En una casa de huéspedes.

El señorito (dirigiéndose a la cocinera).—Póngame hoy para comer dos huevos.

La cocinera.—No puede ser señorito, porque en mi pueblo los huevos los ponen las gallinas.

Jesús Alvarez.—Bilbao.

Un ladón es interrogado por el juez.

—¿Usted ha sido quien ha robado un auto?

—¿Que yo he robado un auto? Haga el señor juez que me registren y se convencerá.

L. Meco.—Madrid.

Con Licor del Po'o er juagan su boca muchos valientes, porque así cuando es preciso pueden enseñar los dientes.

Buscando colocación.

Un matraco se presenta en una agencia y pide, pagando lo que sea que le proporcionen una colocación.

—¿De qué la quiere?

—¡De lo que sea!

—¿Le conviene de jardinero?

—¿De jar-dinero? ¡Rediez, lo que yo quiero es que me lo den

Francisco M. Montañés.  
Madrid.

## Otro número de BUEN HUMOR agotado.

Al simpaticote que presente en nuestra Administración un ejemplar del número 14, en buenas condiciones, le obsequiaremos con UNA PESETA y le daremos las gracias.

—¿En qué se parece un seminario a una clínica?

—En que en ambos sitios se hacen curas.

Luis Lozano.—Melilla.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

MADRID



PARIS y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre es-  
ta marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin tenerlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

## INDRA PERLA

Las más acreditadas en todo el mundo.

La mejor calidad y más barata.

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

## ALHAJAS

SE COMPRAN PARA CASA EXTRANJERA

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

## TAPAS

Para la encuadernación de  
"BUEN HUMOR"

Se venden en nuestra Administración,  
Plaza del Angel, núm. 5.

## LOS

FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de  
toda clase de insectos.





# CREMA

# LIDA

# RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# BUEN HUMOR



*Dib. GARRIDO.—Madrid.*

—¡Ah! ¿Por fin has venido con la máscara que nos dijiste?  
—Pues, claro, hombre. ¿O es que os creéis que lo del dominó era cosa de juego?